

—Te lo prometo, hija mía. Para que el viaje, aunque de pocas horas, te sea más grato y provechoso, lo haremos en uno de los botes que cruzan la pintoresca laguna.

—Como usted guste, padre mío—dijo con la santa resignación de los mártires, la desdichada joven.

El doctor y Duval se cambiaron una mirada de triunfo y de satisfacción.

—¡Gracias, Clotilde, gracias! —exclamó don Emilio, henchido de gozo por la condescendencia de la hermosa—; voy en este mismo instante a dar los pasos necesarios para disponerlo todo, y dentro de tres días nos embarcaremos para Texcoco.

Diciendo esto, se levantó de la silla que ocupaba, acercó a sus labios la mano de la joven, se despidió afectuosamente de Inés, y salió como había entrado, acompañado de Willey y Duval.

Inés y Clotilde, al verse solas, se dirigieron una mirada de tristeza y de compasión; quisieron hablar, y no hallando palabras para expresar su pena, se arrojaron, a la vez, una en los brazos de la otra, y quedaron abrazadas, exhalando dolorosos suspiros.

CAPITULO XVI

Dos genios del mal

—¿Ha estado usted hoy, señor Duval, en casa de Landeta?

—Sí, doctor, y para mañana está dispuesto el viaje de Clotilde a Texcoco.

—Al fin hemos logrado lo que tanto deseábamos: alejarla un poco de ese maldecido Núñez, que no cesa de agitar el asunto del manuscrito.

—Manuscrito que, una vez allí, nos será fácil hacer que desaparezca, pues sabe usted que Landeta no es ni de los más cuidadosos ni de los menos desconfiados.

—Eso queda a cargo de usted, que disfruta de toda su confianza, y que permanecerá en la población. A mí sólo me toca repetir en cada visita que haga, la necesidad de que la joven continúe viviendo fuera de México, para el completo recobro de su salud.

—Ya veo que para usted no hay cosa alguna que le haga dejar la capital.

—¿No ve usted que me es imposible abandonar mis enfermos?

—Sus conquistas diga usted y será más exacto.

—No digo que también ese es un motivo poderoso que me encadena a la capital.

—Tiene usted un amor universal, doctor.

—¡Qué quiere usted! Todos los hombres tienen alguna debilidad, y la mía consiste en ser apasionado a esa linda mitad del género humano, que no se muestra de lo más agradecido a mis insinuaciones.

—Es usted un verdadero pirata callejero, que no hace más que perseguir a la primer joven bonita que encuentra en la calle, con el objeto de darle caza.

—Repito que es una de mis debilidades mayores, y debilidad, por desgracia, que ya no tiene cura.

—Y debilidad que lo expone a usted a que una noche lo esperen en alguna esquina tres o cuatro agraviados, con objeto de aplicarle a las espaldas una fuerte dosis de jarabe de encina—dijo en tono chancero Duval.

—Es que para conjurar ese remedio—contestó con satisfacción el doctor—, tengo yo la facilidad de aplicar con acierto píldoras de plomo.

—Excelente medicina.

—La única que yo aplico para calmar la excitación de mis obsequiantes. ¡Ojalá que, como tengo facilidad para amortiguar la exaltada bilis de ellos, tuviese para vencer la esquizencia y resistencia de algunas de ellas!

—Como por ejemplo, la que opone la seductora Luz, ¿no es verdad?

—¡Oh!, esa joven no ha sucumbido porque tiene una naturaleza excepcional sobre la que no ejercen ninguna influencia los narcóticos más eficaces con que cuenta la ciencia. Yo he vertido en el agua destinada a aplacar su sed, las dosis más exageradas para adormecerla y triunfar de su virtud; pero viendo que eran ineficaces todos los recursos que me brindaba esa materia, desistí de los narcóticos, y hoy nada se daba ya en el líquido que se le sirve.

—Quiere decir que renuncia usted a su conquista y que la dejará usted perecer dentro de las paredes de su encierro, para que a nadie refiera dónde ha estado.

—¡Renunciar! —contestó con sonrisa burlona Willey—. No; yo digo como Enrique VIII: «Nunca he negado a mi odio la vida de un hombre, ni a mis deseos la honra de una mujer.»

—¡Magnífica máxima!

—He renunciado, sí, a los narcóticos y a las amenazas; pero no a poner en planta nuevos y eficaces medios, que la harán sucumbir sin remedio.

—¿Y qué medios son esos?

—Unas butacas muy elegantes que he mandado hacer con varios resortes, los cuales, al sentarse la persona, se hundan a su peso y la sujetan fuertemente con los brazos, sin dejarla movimiento alguno.

Duval soltó una carcajada, celebrando el infernal descubrimiento.

—Es usted peor que Júpiter, que se transformaba para alcanzar los favores de las que resistían a su amor, ya en águila para triunfar de Asteria, ya en lluvia de oro para alcanzar el amor de Danae, ya en toro para gozar de la hermosa Europa, y ya en cisne para disfrutar de Leda.

—No se dirá que mi ocupación no es digna de los mismos dioses — contestó Willey, celebrándose a sí mismo.

—¿Y a qué altura se halla usted en sus amores con la hermosa española Elisa?

—Hace algunos días que he suspendido mis visitas a su casa.

—¿Va usted a levantar el sitio, declarándose en derrota?

—Nada de eso; no es más que una suspensión de armas.

—¿Será porque hay nueva plaza que atacar?

—Precisamente.

—¡Bravísimo! ¿Y es plaza fuerte?

—De primer orden.

—¿Tiene gobernador o se mantiene libre?

—Libre.

—¿Y le ha intimado usted ya rendición?

—Hace mucho tiempo; en otra época.

—¿Es decir, que éste es ya segundo sitio?

—Segundo.

—¿Y nada alcanzó usted en el primero?

—Nada.

—Con malos precedentes entra usted, pues, en campaña, doctor.

—No lo creo yo así.

—Me alegraré que usted acierte. ¿Y quién es ella?

—La hermosa Adela, de cuyo rapto le tengo hablado a usted otras veces, y que bajo el nombre de Soledad vivía en casa de Flan.

—¡Cómo! ¿Soledad, la prima de don Félix, de quien tantas veces me habló el señor Flan, es la Adela que logró salvarse del poder de usted?

—La misma.

—¡Qué feliz casualidad!

—Y no es esa la mayor.

—Pues qué, ¿hay otra?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que el hombre que debió casarse con ella era Núñez, según lo he sabido de los labios de la misma Adela.

—¿Será posible?

—A no dudar.

—¡Oh!, la sola consideración de lo que habrá sufrido con ese golpe, me venga de una gran parte de las ofensas que me ha hecho.

—Por eso es bueno dar antes de que nos den.

—¿Y Núñez sabe ese misterio?

—Nada absolutamente: ignora quién fué el raptor y lo que ha sido de su amada.

—Y usted, doctor, ¿cómo ha dado con ella?

Willey le contó cuanto el lector sabe ya.

—¿Está en la miseria? —exclamó Duval al terminar su relación el doctor—. ¡Magnífico! Es preciso triunfar de ella para vengarnos completamente de ese mendigo que echa por tierra nuestros planes mejor combinados. Sí, porque no me cabe duda de que él fué quien, descubriendo que iban a ser sorprendidos en Guadalupe por la policía, sustituyó el acta de pronunciamiento contra el gobierno, excitativa patriótica contra el invasor, convocando a todos los ciudadanos a que se agrupasen alrededor de la bandera nacional, dando apoyo al gobierno.

—No sé cómo no comprendió el engaño el oficial, que se dejó engañar como un chino.

—Diga usted más bien que se dejó sobornar, y que fingió creerles, para librarse de toda responsabilidad.

—Así he sospechado siempre. No sé qué fatalidad pesa sobre cuanto resolvemos llevar a cabo, que nada llega a cumplirse; parece que un genio contrario se interpone en nuestros más importantes y mejor combinados asuntos, para trastornarlos; y hoy mismo, cuando más seguros nos creíamos de que lograríamos conducir a Félix al cadalso sin que se comunicase con nadie, ese genio contrario de quien he hablado antes, ha cambiado en dulzura la proverbial severidad del carcelero, convirtiéndolo en protector del preso.

—¡Cómo!

—Ha hecho que llegue por medio de él una carta a una persona de su aprecio.

—¡Estamos perdidos!—exclamó Duval, poniéndose pálido como un difunto.

—No, porque en esa carta aún no se revelaba nada, y además, está en mi poder, así como la contestación que le debía ser entregada.

La circulación de la sangre entorpecida por el susto, volvió a cobrar su curso en las venas de Duval.

—¿Y quién es esa persona a quien escribía el preso?

—Adela.

—¿Y dice usted que la contestación no la recibió don Félix?

—Sí, señor.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me la entregó a mí para que yo se la llevase.

—¡Oh, fortuna! ¿Y qué hizo usted con ella?

—Se la entregué al carcelero para que la pusiese en manos de don Félix.

—¡Dios mío!

—No hay nada que temer; porque antes de entregarla, avisé al oficial que mandaba la guardia que sorprendiese al carcelero en los momentos de entregar al preso una carta que sabía yo le habían confiado.

—¿Y lo hizo?

—Al pie de la letra.

—¿Y el carcelero?

—Está preso, y a don Félix se le ha puesto en otro calabozo, con centinela de vista.

—Perfectamente. Por fortuna la causa está al terminar; y dentro de pocos días se le sentenciará a muerte, no quedando así ninguno que pueda acusarnos de monederos falsos, despertando sospechas respecto a la muerte de Flan, que pudieran sernos funestas.

—No estaré tranquilo hasta no verle conducir al patíbulo.

La sagacidad de usted en arrancar esa carta prometiendo ser su portador, nos ha salvado; pero le indispono a usted con la joven cuya conquista meditaba.

—Es que ella está en la persuasión de que se la entregué. Ignora, además, la prisión del carcelero; y como yo me he propuesto fingir carta y contestaciones de él, que entrego a ella, así como de ella para él, pues para conseguirlo he imitado perfectamente la letra de ambos, da por resultado que uno y otro me tienen por leal desinteresado amigo.

—Admirable medio de ser contrario y confidente.

—Era preciso obrar así para alcanzar la muerte del hombre que podría perdernos, y el amor de Adela.

—Lo último no lo creo tan fácil.

—¿Por qué?

—Porque esa mujer ama todavía a Núñez.

—Pero cree no ser amada, y esto le separa de él para siempre.

—Además, es virtuosa, y una mujer de esa clase no sucumbe mientras tenga un pedazo de pan que llevar a la boca.

—¿Y si ese pedazo de pan le falta?

—Entonces puede rendirse al hambre. Pero la joven Adela no se encuentra en ese caso, puesto que usted mismo me ha dicho que está socorrida por los hermanos de San Vicente de Paúl.

—Ha estado; pero ya no está.

—¿Cómo!

—Valiéndome de la perfección con que imito la letra de la hermosa, pues una esquelita al padre Enrique, confesor de ella, en la que le decía que, viéndose precisada a salir de México, podía disponer de la caridad que le hacían y socorrer con ella a otra persona necesitada, puesto que su posición había cambiado favorablemente.

—Pero la joven, al ver que le faltaba ese auxilio, ¿no se dirigió al sacerdote a saber la causa que existía para haberle retirado el sustento?

—No; porque para evitar esa entrevista, me valí de un ardid que me dió un resultado cumplido.

—¿Cuál?

Wiley sacó un papel y dijo:

—Vea usted el borrador de una carta que hice llegar a manos de Adela, por conducto de un joven que fingió ser criado del padre Enrique:

Duval tomó el papel, que estaba concebido en estos términos:

«Alabado sea el santo nombre de Jesús, y bendecidos los divinos decretos del Altísimo.

»Acaba de ser disuelta la sociedad de San Vicente de Paúl, por orden del gobierno, a quien se le ha hecho creer que era un punto de reunión donde se conspiraba contra él. Su Divina Majestad les perdone su calumnia, como yo se la perdono de todo corazón.

»A mí me llevan preso en este instante, pero ignoro a dónde. ¡Hágase la voluntad de Dios!

»Estas líneas que me permiten escribirle, le serán entregadas por mi criado, que estará al cuidado de saber a dónde me conducen, para avisárselo a usted inmediatamente.

»Mucho me aflige el considerarla a usted privada del auxilio que la Divina Providencia, por nuestro humilde medio le dispensaba; pero El, que cuida de las tiernas avicillas del campo y de los insectos, no se olvidará de una de sus más virtuosas criaturas.

»Tenga usted fe y esperanza en El como en los días de su mayor tribulación. Pídale usted con fervor y confianza, y la oirá y socorrerá. Sobre todo, resignémonos con sus altos decretos, y admitamos así los males como los bienes que nos envía, como lo más conveniente a su gloria y a nuestra felicidad.

»Adiós, hija mía; las penas y los tormentos de la vida son las espinas que están sembradas en el sendero que cruzamos en este valle de lágrimas, para entrar en el Paraíso de la eterna gloria. No retrocedamos al sentir sus heridas, antes bendigámoslas, y pidamos a Dios fortaleza para soportarlas, por amor suyo, y en desagravio de nuestros pecados.

»Confío que así lo hará usted en estos instantes de prueba, acatando la voz de los deberes del cristiano y los consejos de su capellán y confesor, que ruega al Eterno por su felicidad temporal y eterna.

»EL PADRE ENRIQUE.»

—No la hubiera escrito mejor el padre provincial de San Francisco —dijo Duval, después de leer la carta—. ¿Y dió el resultado que se deseaba?

—Exactamente.

—¿Quiere decir que Adela ha vuelto a quedar en la miseria?

—Sin más amparo que el mío.

—La protección del lobo para el cordero.

—Ni más ni menos.

—¿Y ella admite esa protección?

—Como me cree el mejor de los amigos, hace una confianza ciega de mí.

—Debiera tener presente que en la confianza está el peligro.

—Al menos que yo he tratado de inspirársela, para que cuando más segura se crea, se encuentre presa en mis redes, sin poder salvarse.

—Pero ese es un sistema más largo que el que ha observado usted hasta ahora en asunto de amores.

—Sí, no hay duda de que es más largo; pero, en compensación, es más seguro. La experiencia me ha hecho conocer que es el único que se debe emplear con las mujeres esquivas y virtuosas.

—¿Y no le ha dispuesto usted una casa más elegante?

—Le propuse que se mudara a otro sitio más digno de ella; pero me contestó que sería dar lugar a que el vulgo murmurador hiciese suposiciones contrarias a su honra, si la llegaba a ver disfrutando de algunas comodidades.

—Más vale que conserve esos escrúpulos, porque con ellos le es a usted menos oneroso mantenerla.

—Lo que yo cuido es de no contrariarla en nada, para cautivar insensiblemente su corazón.

—¡Ah!, la caída de ella sería la mejor venganza que podríamos alcanzar sobre nuestro contrario Núñez.

—Pues más fácil es que la paloma se escape de las garras del gavilán que ha hecho presa de ella, que Adela del terrible lazo que le tiendo a su virtud.

—La muerte de Félix, como el único acusador que podemos tener en lo sucesivo y la deshonra de esa joven para alcanzar una venganza completa del hombre que me humilló, serán los dos acontecimientos más gratos para mi alma. De la realización del primero, estoy seguro, porque estoy al tanto de los pasos que lleva su causa; pero con respecto al segundo...

—Con respecto al segundo —le interrumpió Willey— puede usted vivir persuadido de que se realizará antes que el primero.

—¿Antes? Será muy difícil, porque para conseguir la sentencia de muerte del dependiente de Flan, no economizo ni pasos ni dinero.

—Ni yo medio alguno de seducción para triunfar de Adela.

—Crucemos una apuesta de veinte onzas a quién da cima primero al asunto que nos ocupa.

—Admitido: pongo veinte onzas a que la mujer, cuyas caricias codicio, sucumbe antes de que suba al patíbulo don Félix.

—Y yo a que éste es ejecutado por mano del verdugo, antes de que haya usted triunfado de Adela.

—Esa es la apuesta. ¿A qué hora es mañana la salida de Clotilde y su familia a Texcoco?

—A las nueve.

—Bien.

—Ya sabe usted que el médico es el primero que debe formar la comitiva.

—Estaré en el embarcadero a la hora convenida.

—Corriente.

—Ahora, para no perder instante ninguno al logro de la empresa que he acometido, me dirijo a casa de mi inocente Adela, ansioso de ganarle a usted sus veinte onzas.

—Y yo a agitar la causa del acusado, untando de plata y oro la mano de los encargados de ella.

—Le deseo a usted un feliz éxito—dijo el doctor, alargando la mano para despedirse.

—Igual cosa le deseo a usted.

—¡Ah!, se me olvidaba hacerle a usted una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Continúa usted en la seguridad de que Núñez seguirá guardando el secreto de que se hizo dueño cuando escuchó la conversación que en la Quinta de San Lázaro tuvo usted con los aliados?

—No hay ningún temor por este lado por ahora; pero no por eso debemos de dejar de obrar con actividad en el logro de nuestra empresa.

—Por supuesto. Adiós, amigo Duval: hasta mañana.

—Hasta mañana, doctor.

Y ambos, celebrando su apuesta salieron de casa de Duval donde había tenido lugar este diálogo, y se dirigieron adonde sus bastardas pasiones y sus infernales intereses, exigían su presencia.

CAPITULO XVII

El viaje

En el sitio más árido de México, pasada la ancha y arenosa plazuela de San Lázaro a un lado del lúgubre y aislado hospital que lleva este nombre, se encuentra el estrecho canal que desemboca en la pintoresca laguna de Texcoco.

Al lado de algunas canoas trajineras, llenas de gente y de carga, dispuestas a emprender su marcha, se ve un ligero y largo bote primorosamente pintado, ostentando en

su centro, entre la proa destinada a ocho indios remeros, que, en mangas de camisa, y con el remo en la mano, esperan el instante de empezar a remar, y la popa del timonel, una salita perfectamente cubierta, provista de ventanas a los costados, y adornada de asientos cómodos y decentes.

A distancia regular, y junto a un portal con columnas, donde están los encargados de vigilar aquella puerta de la capital, se ve un coche con las cortinas echadas, dentro del cual permanece una hermosa mujer con la vista fija en el bote, como en espera de alguno.

Muy cerca del estribo se ve a un hombre de aspecto severo, con un levitón color de haba, abrochado hasta el pescuezo, que de vez en cuando se dirige a la portezuela del carruaje para decir en secreto algunas palabras a la que dentro se encuentra.

Son las ocho y media de la mañana.

Multitud de pasajeros indios, cargando en canoas y «tompeates», el almuerzo, y algunas frioleras y encargados, cruzan la arenosa plazuela al paso veloz para llegar a buena hora al embarcadero.

Cada patrón de canoa trajinera los invita a que pasen a su embarcación, colocan lo que llevan en un sitio a propósito, y los pasajeros, por ser el techo de las canoas sumamente bajo, penetran agachándose, en un local incómodo, donde, no bastando los asientos de los lados, se acomodan en el suelo, presando las rodillas de los unos, y sirviendo de alfombra a los pies de los que no encuentran sitio donde colocarlos.

Sólo el bote permanecía sin pasajeros.

El que lo tenía a su cargo había rehusado recibir a varios que lo habían solicitado, asegurando que lo tenía tomado por entero una familia a quien esperaba para llevarla a Texcoco.

En aquel momento se acercó a él un joven de hermosa figura y finos y distinguidos modales, montado en un arrogante caballo, con el airoso traje que usan los mexicanos cuando cabalgan.

La mujer que se encontraba en el coche y que observaba detrás de la cortina se estremeció y se puso pálida.

El hombre del levitón abrochado, que había permanecido próximo al estribo del carruaje, se acercó a la portezuela y dirigió una mirada de inteligencia a la hermosa que tenía fija los ojos en el jinete.

El joven que montaba, bien ajeno de pensar que era el blanco de las miradas de dos personas, que él no veía, hizo